

Palabras del Excelentísimo Sr. D. José Luis García Delgado

Quiero comenzar elogiando la iniciativa de editar este libro, que es un producto intelectual modélico, tanto por su contenido como por su buen acabado. Una excelente iniciativa de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, con la que hace una contribución no menor a un autor —el más influyente y prestigioso de los economistas españoles del primer tercio del siglo XX—, y a una España —la del reinado de Alfonso XIII— que cada vez concita mayor atención entre los estudiosos.

No exagero, desde luego, al pronunciarme tan contundentemente. Debe reconocerse, por lo pronto, un alto grado de atrevimiento -de la naturaleza del que Bachelard consideraba un método en el proceder científico- a quien, a estas alturas, se propone aportar aspectos novedosos sobre la trayectoria biográfica y la labor profesional de Antonio Flores de Lemus, tan frecuentadas desde hace medio siglo por las firmas mayores de nuestros especialistas. Baste, a este respecto, con la prueba más reciente: son seis, nada menos, los ensayos que a aquél se dedican en el volumen 6, “La modernización de los estudios de economía”, de la obra -excepcional por tantos motivos- dirigida por Enrique Fuentes Quintana, *Economía y economistas españoles* (Madrid, 2001), mereciendo únicamente dos Zumalacárregui, Carande y Bernácer, y tan sólo uno, en cada caso, los ocho restantes autores a los que ahí se destaca con tratamiento singularizado: Bernis, Franco, Viñuales, Álvarez de Cienfuegos, Olariaga, Fernández Baños, Perpiñá y Vandellós. Es elogiable, pues, atreverse a aportar novedades en un territorio tan poblado. José Miguel Fernández Pérez lo hace.

Para conseguirlo, el autor se ha centrado, con buen olfato de investigador, en las etapas de la vida de Flores hasta ahora más apresuradamente estudiadas, las que corresponden a sus años de formación universitaria, dentro y fuera de nuestras

fronteras, y a su paso por la cátedra de Economía política y Hacienda pública en la Universidad de Barcelona. Son abundantes los datos y matices novedosos contenidos en esta obra sobre esos pasajes de la biografía del que fuera el economista más influyente de su generación.

En torno al segundo de ellos, por ejemplo, dos circunstancias ahora mejor conocidas llaman la atención. Por un lado, el hecho de que, inmediatamente después de ganar la cátedra, Flores haga todo lo posible para conseguir una beca que le permita volver pensionado a Alemania —en cuyas Universidades de Tubinga, Berlín y Heidelberg había cursado estudios posdoctorales—, con el fin de rendir un informe sobre la estadística del mercado de trabajo en ese país, llegando a argumentar para ello el escaso valor del estudio previo efectuado por quien había sido enviado a tal objeto por el gobierno —probablemente Juan Uña, según deduce el autor—; un episodio que revela, sin duda, que para el joven catedrático ya resultaban más atractivas las tareas de investigación que las propias de la docencia universitaria, un rasgo que no hará sino acentuarse con el paso del tiempo. Algo en lo que redundan la otra circunstancia aludida: me refiero a las reiteradas interrupciones —ahora documentadas en detalle— que salpican el desempeño por Flores de Lemus de esa cátedra durante los años en que es titular de ella.

La principal fuente de documentación que se ha utilizado es la numerosa correspondencia mantenida desde 1879 a 1906 entre quien es entonces un joven universitario, hijo de un abogado de provincias, y su maestro y mentor intelectual, Francisco Giner de los Ríos. Unas cartas sobre cuya existencia nada se sabía, pues ninguno de los estudiosos de Flores había hecho referencia alguna a las mismas hasta ser descubiertas por el autor. Se trata de una base informativa del todo original, que facilita un acercamiento muy directo al protagonista, incluso a su intimidad, al manifestarse en esas abundantes páginas epistolares estados de ánimo, temores, inquietudes y planes de vida. Son cartas, en suma, que ayudan mucho a conocer mejor una personalidad muy compleja, como ya advirtiera en su día Carande, y no exageraba (¿qué decir de un incidente como el que le llevará a Flores a intentar batirse en duelo con Leopoldo Palacios, su antiguo compañero en la Universidad de Oviedo!).

Quien tenga oportunidad, por lo demás, de echar una ojeada a las cartas manuscritas de Flores, con letra tortuosa y plagada de abreviaturas y de modismos en alemán, comprenderá mejor la esforzada y paciente tarea que ha realizado Fernández Pérez para identificar vocablos y expresiones, intentando siempre captar los significados correctos. Habla ello muy claramente de la actitud vocacional del autor de este libro por la investigación: primero, fatiga bibliotecas, archivos y hemerotecas, se demora después en la interpretación minuciosa de los materiales hallados y consultados, para finalmente establecer relaciones y delimitar contextos que iluminen mejor episodios y parcelas de la realidad que un día tuvo vida. Así lo ha hecho,

y de modo impecable, José Miguel Fernández Pérez para brindarnos las páginas de esta obra, rebosantes de información documental y buen sentido interpretativo, producto de un oficio al que el entusiasmo no le hace perder rigor.

Una obra que, a buen seguro, contribuirá a valorar más ajustadamente la talla intelectual de Antonio Flores de Lemus, lo que quiere decir con más distanciamiento crítico que el que hasta ahora ha marcado la pauta. En el dominio científico, canonizar no es nunca aconsejable. Con su libro, José Miguel Fernández Pérez nos lo vuelve a demostrar; un mérito no menor —y termino retomando lo que apunté al arrancar— de su fructífero atrevimiento.

